



El recinto era una vista lamentable. Era un patio de comidas disimulado.

Y también era muy ruidoso. Demasiado ruidoso.

El débil sistema de sonido del lugar no podía con el ruido de la multitud y los carritos, pero Ramona no iba a dejar que eso la detuviera.

Se acercó al micrófono y gritó: “¡Bienvenidos al Pabellón Encantado del Centenario del Carrusel!”

Nada de mágico había en este lugar aparte de unos adornos de mala calidad. Ramona se sentía como una idiota con su vestido negro y su sombrero puntiagudo. Las verrugas falsas en su nariz y pómulos picaban. La contrataron para vestirse como bruja y cantar en canciones para niños. Qué suerte la suya.

Pero, al fin y al cabo, podía tocar su música y pagar sus cuentas con ello. Ese era el sueño, ¿verdad? Había construido una carrera de parches haciendo trabajos ocasionales en el Carrusel, trabajando en ferias, tocando en fiestas de cumpleaños, actuando en las películas de terror baratas que se filmaban en la ciudad y cualquier cosa que pudiera hacer sin descuidar a su hermana cuando salía del colegio.

Agarró su posesión más preciada: su guitarra eléctrica, y respiró profundo.

“Soy Ramona, y estos son los Zombies”, dijo, señalando a sus compañeros de banda detrás de ella. No eran zombies muy convincentes. Una de las pocas cosas de las que el lugar estaba seguro era que tenían que tener un nombre de banda ridículo y relacionado con horror, y el robusto señor que se lo dijo estaba muy decidido a que fuera Ramona y los Zombies. Ella se mortificaba solo con decirlo. Quería que fuera Ramona y los Cadáveres o, mejor aún, solo los Zombies, para no poner su nombre, pero nada.

La multitud no reaccionó.

“Soy Ramona Mercer”, dijo entonces. De repente, la multitud empezó a interesarse. No estaban de pie y vitoreando, pero al menos prestaban atención.

Su apellido era bien conocido, aunque ella no.

Luego empezó su actuación, que consistía en varias de sus canciones originales adornadas con letras nuevas y espeluznantes para la ocasión. Su melodía profunda sobre perder a sus padres siendo niña se convirtió en una canción sobre un convertible embrujado. Su balada emotiva para su hermana se transformó en una canción sobre una sirena malvada. Sus canciones de amor pasaron a hablar de vampiros, hombres lobo y un “niño momia” que nunca la elegía a ella.

Haces lo que debes hacer para llegar a fin de mes.

A los niños les encantaba. Cada vez que ella soltaba alguna línea ridícula sobre un vampiro que no sabía si besarla o beber su sangre, o sobre un hombre lobo que necesitaba afeitarse, se echaban a reír como si fuera lo mejor que habían escuchado en sus vidas.

Entre los niños, los padres felices porque sus hijos estaban contentos, y los ancianos que pasaban a mirarla con interés, realmente estaba formando una multitud.

Mientras cantaba, miraba fuera del escenario hacia donde su hermana se sentaba en una de las mesas de picnic en el pabellón. Ella estaba haciendo sus tareas.

Phoebe Mercer. Dieciséis años. La única persona viva que Ramona amaba completamente.

Ramona había conseguido permiso para dejar un gran frasco de propinas cerca de la entrada del evento. La experiencia le había enseñado a asegurarse de agarrarlo bien, y a que la abertura fuera demasiado pequeña para que esos malditos adolescentes metieran las manos.

Observó cómo la gente le daba generosamente sus monedas por haber comprado el almuerzo en los puestos del área. También había muchas monedas de mayor denominación metidas allí, en serio.

Todo valdría la pena.

Eso, si no se desgarraba la cara para deshacerse de esas estúpidas verrugas falsas.

Cantaba y tocaba con todo su corazón.

Cuando terminó su turno, un cuarteto de música de barbería con cortaduras falsas en la garganta estaba ansioso por subir al escenario y hacer su acto.

“Son todos suyos,” dijo mientras desconectaba su guitarra del sistema del lugar y ayudaba a sus compañeros a llevar sus instrumentos escaleras abajo.

Su baterista, Tony, corrió hacia ella con el frasco de propinas. Lo sostuvo y lo agitó con esfuerzo mientras sonreía. Llevaba una coleta y una camiseta gráfica. Ramona había salido con él en sus días sin coleta, pero habían sido solo amigos durante medio lustro.

“Vamos a comer bien esta noche,” dijo. “¿Qué vas a comprar con tu parte del botín, Ramona?”

Ramona tomó el frasco y lo agitó. No estaba bromeando. Era una buena cantidad.

“Alquiler,” respondió.

Su bajista estaba intentando convencer a una inocente trabajadora de un juego de feria de que le diera su número de teléfono, probablemente sin mencionar que él era bajista. La tecladista se quedó atrás para ayudar al cuarteto de barbería con algunas canciones que tenían un toque cómico en el piano.

“Ustedes fueron increíbles,” dijo Phoebe, llevando su libro de matemáticas bajo un brazo.

“Llevabas los auriculares todo el tiempo,” señaló Tony, señalando la banda de metal y las almohadillas de espuma amarilla todavía alrededor de su cuello.

“Solo para que los chicos no me hablaran,” explicó Phoebe. “Y también para amortiguar cuando intentabas tocar la batería.”

Los ojos de Tony se apagaron. “Los niños son muy crueles. ¿Qué te enseñan en la escuela?”

“Ritmo,” respondió Phoebe sonriendo.

Tony se llevó la mano al corazón. “Eso dolió. Tendremos que conseguirte un pandero para que puedas mantenerme en línea,” dijo. “Ramona, ¿escuchaste lo que pasó ayer?”

Ramona, que estaba metiendo cables en su funda de guitarra, dijo distraída: “Muchas cosas sucedieron ayer. ¿De cuál estás hablando?”

“Jedediah Geist,” dijo Tony. “¿Has oído hablar de esto?”

“Geist, Geist,” repitió ella, “ese nombre me resulta familiar.”

“Oh, cállate,” dijo Tony. “Jedediah Geist fue asesinado ayer.”

Eso fue interesante.

—¿Por qué te ves tan contenta por eso? —preguntó Ramona riendo.

—No es así —dijo Tony—. Es solo que... él fue el último Geist vivo. Eso es importante. Eso tiene gran renombre. Es curioso que muriera bajo circunstancias misteriosas. Ya sabes, tienen muchos secretos ocultos en su pasado.

—Cuéntame —preguntó Phoebe—. ¿La gente dice cosas así cuando Muñecos Mercer fallecen también?

No era una actitud juguetona. El apellido de su madre era Mercer, y su muerte generó sus propios rumores.

Tony se esforzó por controlar la situación. —No —dijo—. Quiero decir, ya no quedan Mercers—excepto ustedes. Quiero decir, yo no digo esas cosas. La gente podría decir que están malditos, pero yo no, porque pienso que eso está mal. Está mal hacer eso...

—Buen intento de recuperación —comentó Ramona—. Ella abrazó a Phoebe y clavó una mirada intensa a Tony—. Mi familia no tiene secretos ocultos. Y si estuviéramos realmente malditos, ¿cómo sería que ahora mismo esté triunfando en el escenario y en la pantalla? No alcanzas ese nivel de fama sin alguna energía cósmica a tu favor.

Comenzó a reírse. Phoebe también.

Phoebe se recostó y, con dos dedos, arrancó una de las arrugas falsas de la cara de Ramona.

—Buen punto —dijo Phoebe.

Terminaron de empacar y esperaron a su tecladista y bajista. Finalmente, Dustin y Emelio regresaron respectivamente. Dustin ganó unos cuantos dólares ayudando al cuarteto. Emelio aprendió otra manera de no seducir a una mujer.

Y partieron.

—¿Qué tal si ponemos nuestras cosas en el coche y luego volvemos para disfrutar de algunos juegos? —preguntó Ramona a Phoebe mientras caminaban hacia la salida.

—¿Podemos permitirnos eso? —preguntó Phoebe en voz baja.

—Claro —respondió Ramona.

Caminaron de la mano.

Antes de llegar a su destino, escucharon un grito. Había un alboroto a lo lejos. La multitud se separaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó Phoebe.

—No lo sé —dijo Ramona—. Pero probablemente tenga que ver con alcohol. O con adolescentes. O con ambos.

—Tony —dijo Phoebe—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Ves algo?

Tony, que empujaba un carrito con su batería, estaba tan confundido como Phoebe. —No veo nada... Tenemos que irnos —dijo.

Su expresión era de preocupación.

Él y Phoebe agarraron a Ramona por los brazos y comenzaron a arrastrarla lejos de la multitud.

—Tony, tus tambores —dijo Ramona, mirando hacia atrás al carrito que dejaba atrás.

—Volveré por ellos —aseguró él—. Vámonos de aquí.

Por más que intentaran, la multitud se hacía más densa frente a ellos. Era como si todos a su alrededor retrocedieran, esperando a ver qué iba a ocurrir.

—Déjenos pasar —exclamó Tony—.

Las personas que estaban al frente parecían no saber cómo responder.

—¡Déjenos pasar! —bramó Tony.

Uno de los hombres que bloqueaba su camino, un tipo corpulento y fuerte, parecía querer decir algo, pero no lo hizo.

—No —dijo Tony—. Por favor, déjenos pasar.

Cuando el hombre no se movió, Tony empujó a Ramona hacia la izquierda.

—¿Cuál es nuestro destino? —preguntó Ramona.

Tony no tenía respuesta. Miró en todas direcciones, pero nada de lo que vio le daba esperanza.

De repente, tanto Tony como Phoebe se detuvieron. Durante un momento, ambos quedaron inmóviles, como si un sonido solo ellos pudieran oír los detuviera.

—No—susurró Phoebe suavemente. Se aferró con fuerza a Ramona.

—¿Qué están haciendo ustedes dos?—preguntó Ramona.

Miró alrededor de la multitud. La gente observaba algo que se acercaba lentamente hacia ellos.

—Perdimos a Emelio y a Du—comenzó a decir sobre sus dos compañeros ausentes.

Luego, vio lo que todos miraban.

Una mujer con vestido negro tropezaba entre la multitud. Llevaba un velo extraño, pero éste había sido retraído, dejando al descubierto una máscara de aspecto extraño.

—¡Ayuda!—gritó—. Necesito ayuda. Necesito un hospital. No, no, ¡un médico, por favor! ¡Llévenme lejos, por favor!

Ramona quedó perpleja ante aquella visión. La gente observaba, confundida, y nadie parecía intentar ayudarla.

A medida que la mujer se acercaba, algunas personas podían ver su rostro, y algunas reaccionaban aplaudiendo por los detalles de su máscara.

A Ramona le pareció que su máscara estaba hecha de serpientes. No, eso no podía ser una máscara. Era alguna clase de accesorio de látex pegado a su rostro.

No, las pequeñas serpientes temblaban como si estuvieran cosidas directamente en su cara, aún vivas.

—¡Dios mío!—exclamó Ramona.

La multitud reaccionó de distintas maneras. Unos mostraban horror, otros preocupación. Sin embargo, algunos quizá pensaron que era un disfraz muy elaborado. Al mirar alrededor, muchas personas estaban vestidas para la ocasión. Pero ninguno llevaba un disfraz tan convincente.

Finalmente, una de las mujeres en la multitud preguntó:—¿Esto es real o es... parte de la celebración?

Muchos parecían interesados en la respuesta.

—Creo que es real—afirmó un hombre.

Parece que muchos, en busca de permiso, avanzaron rápidamente, incluyendo a una mujer con una placa que la identificaba como enfermera del Centennial.

—Señora—dijo, no muy segura de qué debía hacer pero con ganas de ayudar—. Venga acá, señora. Permítame... echarle un vistazo.

La mujer con extrañas cosas en su rostro gritó:—¡Ayuda! Mi nombre es Lillian Geist. Estuve retenida en contra de mi voluntad y acabo de escapar. Necesito ayuda.

Sonaron gritos de asombro en la multitud. De repente, su preocupación desapareció.

—Vamos—dijo un hombre entre la gente con una sonrisa,—eso ya es demasiado. Lillian Geist. Espera...—

De pronto, el color desapareció del rostro del hombre. No fue solo él. Muchos en la multitud dieron un paso atrás instintivamente.

Unas respiraciones entrecortadas recorrieron la multitud.

Lillian gritó:—¡Ayúdame, ayúdame, por favor!—.

Ahora, la multitud permanecía en silencio, observando cómo Lillian caía al suelo, sollozando, con lágrimas, con expresión de angustia.

—¡Que alguien la ayude!—exclamó Ramona. Miró a la gente que simplemente permanecía en silencio, fija.—Espera... ¿esto es real?

—Ramona—susurró Phoebe con dureza—. Cállate, por favor, quédate en silencio.

Ramona miró alrededor del círculo grande de personas, confundida por su inmovilidad.

Al principio, se mostró tímida, sin estar segura de si aquello era algún tipo de actuación.

Vio a un niño pequeño preguntándole a su madre qué debía hacer. La madre puso un dedo en sus labios y susurró:—Solo observa.

Toda la multitud guardó silencio. La celebración del Centennial quedó en completo silencio, salvo por los sonidos de carruseles y máquinas. Nadie, ni siquiera a lo lejos, hacía ruido alguno.

Ramona no sabía qué hacer. Avanzó hacia la mujer, y la gente permaneció en observación.

—¿Qué está pasando aquí?—preguntó.

Nadie respondió salvo Phoebe, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas. Ella hizo un gesto con los labios a Ramona, pero no pronunció palabra alguna.

—¡Esta mujer necesita ayuda—, susurró Ramona al principio, y luego repitió en voz más alta—, ¡Esta mujer necesita ayuda! ¿Qué están haciendo ustedes? Tony, ¿qué está ocurriendo?

—Ramona—, dijo con esfuerzo.

Él la miró a los ojos. Sus lágrimas rodaban por su rostro.

Y, de repente, los sonidos de la multitud en la distancia retornaron. La gente gritaba de alegría en las atracciones.

Luego comenzaron a escucharse gritos que no expresaban alegría, sino terror.

Ramona giró en dirección a los lamentos.

Justo en ese momento, se oyó un fuerte chasquido, y, en la distancia, la inmensa noria empezó a inclinarse de manera dramática.

—Dios mío—, susurró Ramona.

A lo lejos, algo ardía con intensidad.

---

Revision #1

Created 27 April 2026 00:10:10 by Robert White Mar

Updated 27 April 2026 00:10:14 by Robert White Mar